

cla. Y tambaleando como un ebrio, Hugo se dirigió á su lecho, se echó de bruces y mordió la almohada, fustigándose á sí mismo con el dictado que el tío Girólamo, de detrás del cristal, le arrojaba como una piedra:

—¡Canalla! ¡Canalla!

VIII

Eran las diez y media. Dió el cuco de la salita de Landín el toque burlón, que deshacía la habitual tertulia y ponía punto á la lección de castellano, y D. Quico y Hugo se levantaron para marcharse; se apartó del balcón, donde departía con Luisa, Pedro Pablo, y el *Gavilancín* se acercó taimado á la mesa, con la cartilla enrollada en la mano como un canuto, trompeta de sus juegos más que fuente de sus estudios... Y presentados los debidos respetos á la hormigueta, menos risueña que otras noches, velada la cara por visible tristeza que su expresivo rostro no sabía ocultar, bajaron todos la estrecha escalerilla, uno á uno, es-

coltándolos Landín, que no se acostaba sin estirar antes las piernas, y tomaba de pretexto el acompañarlos para rematar con la última puntada la discusión. En el patio, misia Eustaquia García y Gavilán los saludó con acaramelada cortesía, regadera en mano, que en la misericordiosa tarea de dar de beber á sus tiestos estaba la señora, mientras se preparaba á zurrar al sobriño, y por la calle de Entre-Ríos echaron á andar los cuatro, D. Quico y Hugo delante, Pedro Pablo y Landín, detrás.

Apaciguado el trajín de la gran ciudad, las pisadas de los cuatro paseantes resonaban sobre las losas con golpeteo cavernoso y acompasado, y las voces de D. Quico, de dejo valenciano, subrayadas por el molinete de sus dedos, parecían mayores en el silencio y adquirían relieves de disputa. Pedro Pablo, muy junto á D. Benigno, muy bajo, así que en la calle estuvieron comenzó á decirle:

—Señor D. Benigno, la batalla está dada... y perdida. Lleva usted al lado en

este momento, el más triste de mi vida, á un vencido y á un desgraciado. ¡D. Benigno, esta será la última noche que asista yo á la tertulia!

—¿Qué pasa, Pedro Pablo?—preguntó el maestro con interés compasivo, más que con curiosidad, que ya adivinaba él de qué batalla y de qué vencimiento se trataba.—
¿Qué pasa?

—Pasa—respondió suspirando el dependiente—que, al fin, después de tanto pensarlo y darle vueltas, y con motivo de que hoy, como ya lo anuncié á ustedes al entrar alegremente á la tertulia, de donde salgo gachas las orejas y partida el alma... hoy mi principal me ha cumplido su promesa de interesarme en el negocio, y me ha dado el espaldarazo de socio industrial, que resuelve mi problema económico y abre amplios horizontes á mi actividad... Con motivo tan fausto, dije yo: Esta es la ocasión, ó no hallaré otra más propicia, de hablarle á Luisita de mi escondido proyecto casamentero, y declararla

cómo y en qué medida cifro la base de mi felicidad en su cariño, en sus exquisitas cualidades de mujer superior. Bueno, don Benigno. Mejor dicho: malo. La suelto el parlamento, que hace meses tenía aprendido de memoria, sin equivocarme en una letra: las palabras me salían del corazón y me quemaban la boca, y ella, como estatua de piedra, sin conmoverse mayormente (al menos no he visto yo señal de que se conmoviera), me endilga esta respuesta, que también debía tener aprendida de memoria: —Pedro Pablo, yo le agradezco la fineza que me hace, pero no la acepto. Usted no se ha fijado, sin duda, en mi fealdad y en las viruelas de mi cara... No he nacido yo para esposa de nadie, y no estoy dispuesta á sacrificar la independencia que holgadamente me otorga el trabajo. ¡Amiga suya, siempre; esposa, nunca!... Pues bien, D. Benigno: permítame usted comentar esta actitud y esta respuesta, manifestando que, si el feminismo sirve para volvernos á las mujeres del revés y matar

en ellas el sentimiento sagrado de la maternidad, que es lo que las idealiza, y el del amor, no menos sublime; si sirve el feminismo para despojarlas de la gracia y del encanto, que son el perfume de estas flores humanas, y nos las transforman en marimachos, en seres sin sexo, enjutas de corazón, ¡maldito sea el feminismo por siempre jamás amén!

—Pedro Pablo—protestó suavemente Landín,—habla usted así de despecho.

—No es despecho; es convicción. Y usted no me negará que si todas las mujeres pensaran, sintieran y dijeran lo mismo, lucidos estarían los hombres y lucido el mundo. No, que se nos pongan estas damas cuello de pajarita, hongo, chaqueta y faldas que parezcan pantalones; que se corten el pelo y fumen y hablen de política, y en vez de coser y cuidar de la casa, en todos los órdenes de lo que se ha dado en llamar labores femeninas, se coman los libros de medicina y derecho; que supriman sus gracias naturales, y estoy por añadir obliga-

torias, afeándolas, disfrazándolas torpemente y haciendo de lo que quiso Dios que fuera atractivo, repulsión, y vamos á ver qué quedará de ellas, tristes seres neutros, condenados á la esterilidad. Yo admito, señor Landín, y hasta aplaudo que la mujer se illustre, eleve cuanto pueda su nivel intelectual, se emancipe del hombre, por el trabajo ó por el estudio, para no necesitar del hombre en las contingencias de la vida; pero, bajo la condición precisa, ineludible, de permanecer mujer, de cumplir los deberes de la maternidad, de no dejar secar la fuente del amor. El mundo, con ángeles como Luisa Landín, no sería mundo; sería limbo. Angeles buenos, ángeles sabios, ángeles laboriosos; pero, ángeles infecundos. Las hormigas también estudian y aprenden á fabricar sus laberínticas galerías y á buscar y recoger su grano; las hormigas trabajan, pero ¡también aman y procrean!

Muy descompuesto, alzó el diapasón, y sus últimas palabras silbaron entre sus labios como chasquido de látigo.

—Si de otra que de mi hija se tratara— dijo D. Benigno en el mismo tonillo blando y conciliador,—contestaría á usted de frente, porque el tema es de los que me agradan y se prestan á servir de pelota de discusión, con ventaja de lucimiento para los dos bandos. El tratarse de Luisa me obliga á callar, y la amistad y la estimación por usted, Pedro Pablo, á significarle mi sentimiento; más todavía: á expresarle que, para mí, hubiera sido grato y feliz suceso el que Luisa diera otra respuesta, pues no todos los días se encuentran hombres de bien y corazones limpios de roña...; pero, amigo mío, en estos asuntos es donde debe dejarse más libertad, para que cada cual se las componga como pueda y resuelva según su propio modo de ver, reservándose así, toda entera, la alegría del acierto y la responsabilidad del error. ¡Que mi hormiguita no quiere casarse! ¡Allá ella! En esos reinos subterráneos de las hormigas, también se encontrarán algunas solteras...

Llegaban á la esquina, y Pedro Pablo se paró de firme.

—Con su permiso, D. Benigno: deje usted que me retire por el foro, ó sea por esta calle que lleva derecho á mi guantería. Agradezco, agradezco su amistosa intención... ¡Y buenas noches y hasta otro mundo, en que cada cosa y cada sér sea lo que parezca y no parezca lo que no es!

Le tendió la mano, el maestro se la estrechó con indulgente simpatía, y marchóse el derrotado, al compás de taconazos coléricos. Los otros, D. Quico y Hugo, delante, entretenidos (D. Quico, que Hugo ni chistaba, ni atender parecía á la conversación) en no sé qué debate pedagógico, no se enteraron de la fuga de Pedro Pablo, si D. Benigno no les alcanza; y los tres caminaron hasta la esquina siguiente, donde se separaron, D. Quico para irse á su escuela y Hugo y Landín para emprender juntos el largo paseo que sus preocupaciones respectivas demandaban.

—La noche está hermosísima—dijo Landín;—¿se vuelve usted ya?

—No, es temprano todavía—contestó Hugo.

—Pues véngase usted conmigo; iremos al azar, del lado del puerto, si le parece. Me place verlo, de vez en cuando y atravesar la ciudad, así, de parte á parte. La magnitud del presente me recuerda el modesto pasado, cuarenta años atrás, fecha de mi llegada al país, y comparo, comparo, me divierto haciendo comparaciones pintorescas... En una poesía nuestra, es decir, castellana, muy hermosa, que usted no conoce, joven, y que si estuviera yo de humor se la recitaría con mucho gusto, hay un verso que dice: *este llano fué plaza, aquí fué templo: de todo apenas quedan las señales*. Y esto, que se refiere á una ciudad en ruinas, me viene á la memoria siempre que en Buenos Aires me echo á vagar, porque, tomando los versos en sentido contrario, pueden aplicársele á maravilla. La que aldea fué, es metrópoli opulentísima; esta

casa, que fué choza, es palacio, y este pantano, plaza, y este erial, paseo: de toda fealdad, de toda vetustez, de todo atraso, *apenas quedan las señales*. Ni las señales quedan, joven, porque no encontraría yo, ni con linterna á estas horas, ni á la luz del sol, la fonda en que me hospedé, al llegar, en cierta calleja en barranca, cerca del río; ni la casa en que vivían los padres de mi Verónica; ni el sauzal, ó saucedal, ó saucedá, ó saucera, ó salceda, ó salcedo (que todos estos nombres tenemos para designar un sitio poblado de sauces, y de todos yo elijo el saucedal, que me parece más eufónico), ni el sauzal, repito, como aquí se dice, ó saucedal, á cuya melancólica sombra paseábamos los domingos por la tarde, y era delicioso, no sé si á causa de la grata compañía, porque ¿quién no sabe que nuestras impresiones se reflejan sobre lo exterior, y así, tal sitio alegre, nos parece triste por el recuerdo que nos trae de algún triste suceso, y tal otro, triste de verdad, alegre, por la alegría que en él experimentamos y conmemora?

Había enlazado su brazo al de Hugo, y mientras andaban calle de la Victoria abajo, le miraba con el rabillo del ojo. Ya lo venía notando de meses atrás: el cambio del discípulo. De aquel *bambino* sonrosado y reluciente, quedaba un mozo de ajada faz, de agobiadas espaldas, tan parecido al hermano, que, marcándose el aire de familia, al envejecerse Hugo, se transformaba en un D. Paolo joven. Todo en pocos meses, en pocos días; ¡qué influencia más perniciosa la del familión de la fábrica! ¿Y por dentro? lo mismo: un ensimismamiento, un nublado de inteligencia, un letargo moral... Al fin D. Paolo se saldría con la suya: que el hermanito no valía una higa y llevaba una vida desastrosa, no precisamente la que llevar debía y para lo que le trajeron, inocente, de su aldea.

A cuanto hablaba D. Benigno, Hugo asentía con su silencio ó con un monosílabo apenas pronunciado, y siendo el hablar en D. Benigno, con campanuda solemnidad, necesario ejercicio, el que le cayera un

oyente pasivo como aquél, era regalo del que aprovechaba en toda la medida posible.

—¿Se cansa usted, joven? Iremos más despacio... ¿No? pues, andando. No le invito á cafés ó algún teatrillo, porque no soy hombre para eso, y usted estará harto de bazofias. Aire libre, joven, compañía seria, conversación sana es lo que á usted le hace falta...

Cuando hubieron recorrido, á buen paso, la calle de la Victoria, bordearon la plaza de Mayo, bajo los porches que aún quedan como muestra colonial, y se metieron por la calle de Balcarce, saliendo al lugar que fué río y hoy son muelles, diques, almacenes, otra ciudad distinta, una ciudad nueva emplazada allí donde las aguas oscuras del gigante platense dormitaban entre las *toscas*.

—¿Ve usted?—exclamó Landín en llegando.—Aquí sí que encaja bien aquello: *de todo apenas quedan las señales*. El río, rechazado, arrojado lejos, asoma para de-

cir: ese llano, esa plaza, dominios míos fueron... Dice y no se le oye...

Sentáronse en un banco, que bastante cansados estaban, y antes que D. Benigno tomara el hilo de su discurso, Hugo, que, sin duda, traía una interesante pregunta, y no encontró en todo el camino ocasión de colocarla, le disparó á boca de jarro:

—Señor Landín, cuando usted conoció á mi hermano Paolo, ¿conoció, al mismo tiempo, á la familia de Ulrria?

No era ésta precisamente la pregunta reservada; pero por todos los caminos se va á la verdad.

—Mire usted—contestó D. Benigno, echándose sobre el tema como un perro sobre un hueso;—cuando yo conocí á su hermano de usted, no vivía con él la familia de Ulrria. Fué en el Once, en la fábrica vieja, hará unos diez años. Hacía poco que mi Verónica había muerto, de resultas de un parto prematuro... Sólo de recordarlo siento oprimido el corazón... No andaba yo bien de recursos, porque ya compren-

derá usted que esto de dar lecciones y recoger *granos* y *gorgojos* no enriquece á nadie; leí un anuncio que pedía un tenedor de libros; me planté en el Once en seguida... Su hermano era entonces un hombrón, derecho como el palo de aquel barco, de buen color, de humor no diré alegre, pues jamás lo ha sido; pero comunicativo, accesible, sin alternativas. ¡Ay! No estaba enredado en faldas todavía; eso se conocía á la legua; donde hay paz, es que no hay faldas, joven; y D. Paolo, en aquel tiempo en que yo entré en su escritorio, y me honró con su confianza, se parecía tanto á usted cuando llegó de Monferrato, como un gemelo mayor, más desarrollado, de más edad, si esto pudiera darse. Después se nos torció, se entenebreció, se le cayó la visera sobre los ojos, coincidiendo el cambio con la aparición de la *Tecla* en el mercado y acentuándose con la aparición de la otra *Tecla* arriba, en la fábrica nueva, y yo me dije y todos nos dijimos: Aquí está la pastora. Este es el teclado en que el patrón teclea sus

aires tristes, y ésta la tecla disonante. Sí, joven, sí. Desde que entraron faldas en la fábrica, comenzó la guerra, que se forma arriba y estalla abajo...

Abierto el cauce de su inquina contra los de arriba, por él se desbordó la verbosidad del maestro; mas no del lado que á Hugo interesaba, el punto oscuro, el enigma que estaba empeñado en descifrar desde la escena de la revelación; aquella escena de fiebre, cuyo recuerdo le tenía desterrado de su casa y esquivo del trato de los suyos, de la cuñada, sobre todo, á quien llevaba días y días sin ver ni oír, horrorizado de ella y de sí mismo, vagando fuera, comiendo fuera... Aquel misterio, desde entonces dominador de su espíritu, como trágica pesadilla, ¿no lo aclararía, no lograría despejarlo, gracias á la charla de aquel hombre, que, sin duda, lo sabía todo? ¡Que no fué en el Once, sino en la fábrica nueva! ¿Pero cómo, cómo apareció la familia en la fábrica nueva? ¿Cómo la conoció?

Acostumbraba á llevar D. Benigno en

estos paseos nocturnos, en vez del rollo de papeles ó de la gramática, cuyo porte no estaba indicado, una varita de mimbre con puño de asta, que esgrimía como batuta al compás de sus palabras, mientras hablaba, y según eran éstas, vehementes ó pacíficas, la varita se agitaba en su mano ó señalaba en el aire rectas y curvas correctísimas. El tema de los Ulrrias lo sacaba siempre de sus casillas, ¡y no era poca danza la que traía la varita en su diestra iracunda!

—¿Que cómo apareció allí arriba? Pues, así, de la noche á la mañana. ¿Ha visto usted, después de la lluvia, cubrirse una huerta de caracoles? Lo mismo se presentó la dichosa familia, como revienta el cólera, sin anunciarse. Yo siento expresarme en esta forma, poco agradable, delante de usted, que acaso tenga estimación por ellos, ya que con ellos vive; pero no lo puedo remediar, que ellos nos han cambiado al patrón, han hecho de él un sér arisco, intolerante; y cuidado que conmigo, cúpleme declararlo, es de la pasta más tierna;

pero los compañeros no sacan partido de él: sí, á buen puerto van. Y este cambio deplorable se inició en el Once, y de este cambio deplorable son culpables los intrusos de arriba.

—¡Intrusos!—repitió el *bambino*, pensativo.—¿Qué quiere decir *intrusos*, señor Landín?

—Que se introducen sin derecho, ¿entiende usted?

—De ahí se deduce que los Ulrrias no tienen derecho de vivir con mi hermano...

—Deduzca usted lo que guste, joven, que no por ello he de dejar de llamar al pan pan y al vino vino y á los Ulrrias intrusos, introducidos sin derecho en la fábrica nueva, usurpadores de la soberanía del señor Fiorrelli, cuya voluntad han captado miserablemente. No cito nombres, no me obligue usted á citar nombres, joven. No me obligue tampoco á citar hechos, hechos antiguos, conocidos de todo el mundo, y que forman un capítulo muy interesante de nuestra crónica escandalosa. He contesta-

do á su pregunta de cómo conocí y cuándo á la familia de Ulrria; ¿guarda usted alguna otra relacionada con este asunto?

Quedó en alto la varita, á la espera de la orden. Era indudable que el muy ladino del maestro no hablaría derechamente, si no le tiraban de la lengua, y á ello se atrevió Hugo, poniendo los puntos sobre las íes casi balbuciente.

—Y usted, señor Landín—concretó temeroso, soltando la pregunta como una brasa,—asistió... en el Once, debió de ser en el Once... ¿asistió usted á la boda?

—¿A la boda?—repitió D. Benigno con una risotada,—¡qué había de asistir, hijo mío, si se celebró por detrás de la iglesia! Usted, joven, ó es bobo de veras ó se pasa de listo.

Anhelante, sin comprender del todo, insistió Hugo:

—¡Por detrás de la iglesia! ¿Qué se entiende por esto, señor Landín?

—Quiero decir que no están casados! ¿no lo sabía usted?

No contestó Hugo, en seguida, y si hubiera luz cerca, observara el maestro su lividez. Tardó en contestar todo el tiempo que tardó en reponerse, y se repuso muy lentamente, como si volviera de un desmayo.

—Lo sabía... miento, no lo sabía, lo sospechaba.

El *fratello* no había de confesarlo, ella tampoco; con la familia, con el mismo Marquitos, con quien más intimidad tenía, nunca hablaron de semejante asunto: en estos casos, hay como un acuerdo tácito de no hablar. Que piense cada cual lo que quiera, y entretanto, todos á una, porque á todos interesa, ocultan el misterio, como una mancha en la ropa. Él no se atrevía á preguntarlo arriba; abajo, menos. ¿Cómo iba á saberlo de fijo, si al venir él de Italia, la familia de Ulrria estaba ya instalada en la fábrica?

—Pues si usted no lo sabía—exclamó D. Benigno agitando la batuta,—he hecho mal en decírselo. Quedárase con sus dudas

y yo con mi tranquilidad de conciencia de no meterme en líos ajenos. Que sean casados ó no, á mí no me importa. Si á usted le importa, le prohibo, joven, que repita lo que ha oído.

Palabra de honor que no lo repetiría, ¡palabra de honor! Le entró una comezón irresistible, el ansioso deseo de saber más, de saberlo todo. ¡Hechos antiguos! ¡Hechos escandalosos! ¿Cuáles? ¿Cuáles? D. Benigno había dicho:—No me obligue usted... Y esto en boca de D. Benigno significaba, traducido libremente:—Oblígueme usted; me muero de ganas de que usted me obligue...

Se corrió hasta él en el banco, le estrechó para suplicarle:

—¿Qué cosa, señor Landín? Hable, cuente, cuénteme usted.

—¿Me promete...?

—Sí prometo, señor Landín. Ni palabra, ni jota.

Suelto el punto de su discreción, allá fué todo el tejido, y al conjuro de la varita

de D. Benigno apareció el salón de Ulrria, de yute rojo y pino pintado; misia Gorgonia sentada señorilmente en el sofá principal, con el moreno escote cubierto de perlas y diamantes falsos; su escuadrón de preciosas ninfas: Trinidad, la rubia de celestes ojos; Concepción, la rubia de ojos negros; Tecla, la pálida, y Parmenia, la virgen trigüeña en venta. Y el negro Teodomiro tocando en el piano sus *milongas* dulces, sus polkas saltarinas, sus vales moribundos, y la clientela toda, los conocidos y los desconocidos, el batallón de doctores, desde Trujillo, el más viejo, hasta Pares, el más joven, y los que sin ser doctores en ciencias lo eran en millones, como Asnabal... Apareció el salón famoso y su tertulia, en el apogeo de su celebridad, el mercado de amor, de honesta apariencia, de correctas formas sociales y aristocráticas, tal y como la se-dicente coronela, la digna y remilgada misia Gorgonia, quiso que fuese, en su intransigencia de moralista acomodaticia.

Hizo danzar á todos D. Benigno á su gusto, y antes de apagar las luces mandó entrar al solitario del Once, D. Paolo, un burgués sin maneras, sin roce, inculto y tan inocentón en sus cuarenta años como un colegial; y así como sobre la mosca aturdida, que se enreda en una telaraña, cae la fiera de ocho ojos en acecho desde su rincón, desde el rincón del sofá de yute, caía misia Gorgonia sobre D. Paolo deslumbrándole con sus piedras falsas y el espejuelo de Tecla la pálida...

—¿Ha oído usted bien?—agregó el maestro, incansable, sin respirar, después de tan largo parlamento.—Esta es la historia de los Ulrrias y ésta la verdad estricta de la situación familiar de su casa de usted. Y no piense usted, joven, que en este cuadro, por mala voluntad mía y rencorcillo, he puesto más pinceladas negras que las justas y más sombras de las necesarias; no, señor mío; si la señora Gorgonia y demás señorío de su casa así salen de mis manos y tan poco lucidos, es que yo

lo he pintado á la luz cruda de la realidad, que no perdona faltas, ni tapa defectos, ni disimula máculas. La prueba está en que ahora, después de escucharme, como el espectador bobalicón al final de la comedia, se explica usted lo inexplicable y da en el clavo del porqué de muchos detalles observados. ¡Descubierta la trampa, se acabó el engaño y desapareció el misterio, el cocol Joven Fiorelli, malo es pasarse de listo, adelantarse á juzgar de las cosas sin la base razonable del examen; pero es peor tenerlas debajo de las narices y no verlas, y para verlas necesitar de anteojos prestados...

Cierto, muy cierto. Hugo, callado, escuchaba, sorbía palabra por palabra, espigaba idea por idea; abatido en el banco, fija la mirada en la heterogénea masa de construcciones que, delante de ellos, se apelmazaba en la sombra. En silencio todo, dormido el trabajo de los muelles, mientras á su espalda la ciudad dormía también, aletargada bajo la atmósfera caliginosa, cada palabra, cada idea, cada imagen

que la varita de D. Benigno subrayaba en el aire, Hugo la veía adquirir formas tangibles, reales.

Como si saliera del fondo de un pozo, su voz protestó del reproche del maestro:

—Es cierto, señor Landín; mas no sé de quién es mayor la falta, si del que se dejó engañar ó del que engañó con malicia. A mí me mandaron venir, y vine á ciegas; que si yo sé adónde venía, no vengo, y si descubro antes lo que ahora sé, me vuelvo ó salgo de la casa. Dejarse engañar, señor Landín, será de tontos; pero el engañar es de gente poco aprensiva y delicada.

A lo que el burgalés respondió vivamente:

—Conforme. En este engaño, cómico si se mira despacio, el que obró mal, muy mal, y así se lo he dicho yo muchas veces y él lo ha reconocido lealmente antes de que yo se lo dijera, hombre de conciencia, aunque débil, es su señor hermano. Nunca debió meterlo á usted en semejante aviso; si realizaba su noble intención de fa-

vorecerlo, de crearle un porvenir, muy bien que lo mandara venir de la aldea; pero hospedarle en casa aparte y no darle á conocer siquiera la familia de pega; que lo sucio no se enseña á nadie, y allí donde la moral se relaja, se relajan las bases mismas, el fundamento de la familia. Su casa es la casa de tócameroque, y á una casa así, de entretelón y trapisonda, no se lleva á un hermano joven, calentado bajo el manteo protector de su tío cura. Pero de esto no se infiere que me salga usted por peteneras y se me levante airado ahora contra el señor Fiorelli, que es dos veces superior suyo, como patrón y como hermano mayor, y arme un zipizape en la fábrica... Porque si usted lo hiciera, tendría yo que cortarme la lengua y perder mi empleo, que es perder más de la mitad de mi pan.

—No me levantaré, Sr. Landín, ni armaré eso que usted dice... Se lo he prometido á usted.

—Bueno. Quedamos en ello. Usted se

las compondrá como mejor lo entienda, y si se hace el sueco y deja correr la bola, más valdrá para su bienestar y la tranquilidad general. Remedios tardíos no atajan el mal y á veces lo agravan... Porque buena está aquella casa para nuevas dianas. ¡Está que arde! ¿Usted no sabe nada, joven?

—¿De qué?—preguntó Hugo irguiéndose.—¿Ha pasado algo? Desde esta mañana que faltó de allí y salvo las horas de escritorio...

—¡Que si ha pasado!—exclamó D. Benigno con un golpe al aire de la varita.

Algo estupendo, extraordinario, pasmoso... pasmoso no, porque ¿quién ha de pasarse de lo que allí ocurre? Ya había él comprendido, durante la lección, en que Luisita y él escudriñaron curiosamente y con disimulo su fisonomía, tan cambiante y expresiva, que desconocía el suceso; pues, de conocerlo, en primer lugar no hubiera asistido á la lección, que otros cuidados y preocupaciones le retendrían en casa, y luego, de asistir, no lo callaría, y antes de

llegar D. Quico y Pedro Pablo lo debió contar á quienes eran amigos de tanta confianza, ó, si pecaba de discreto, no pudo impedir que en su cara ingenua se reflejara la sombra de lo sucedido. Así, nada quisieron decirle, de sopetón. Y lo sucedido era lo siguiente:

Que aquella tarde, día 1.º de Diciembre (bueno es señalar la fecha por lo que importa á las deducciones y antecedentes del caso), estaba D. Paolo en el escritorio, ocupado en la agradable tarea de entregar su mesada á cada quisque; agradable para él, excelente pagador, que el pagar es un placer también, raro, es verdad, y por lo mismo exquisito, y agradabilísimo ¿quién lo duda? para los que esperan el santo advenimiento del día, terror de tramposos, cuando allá arriba, en las alturas donde todo escándalo tiene su culto, estalló la trapatiesta mayor del año: chillaba misia Gorgonia, daba voces Tecla, alborotaba Marieta, corría la china, gritaba la cotorra, ladraba el perro... Las ventanas y las puertas se

abrían, caían los muebles, y á cada portazo y á cada golpe, un clamor de angustia resonaba como toque á rebato:—¡Parmenia! ¡Parmenia!

—Haga usted el favor, señor D. Benigno—dijo D. Paolo contrariado;—suba usted á ver lo que hay.

Ciertamente, había que subir á ver lo que ocurría, porque el tumulto era cada vez más terrible: ¡Parmenia! por aquí, ¡Parmenia! por allí, entre gritos, sofocos, trastazos y ladridos.

—Subiré yo—decidió D. Paolo.

Y subió, y detrás D. Benigno, y detrás Stella, y detrás Pelitos, y detrás Francesco. ¡Válgame Dios! qué espectáculo el de la señora Gorgonia y el de la señora Tecla; el de la señora Gorgonia, especialmente, demudada, despeinada, desesperada, ronca de aullar y de llorar, la boca como espuerta, los brazos como aspas, de un cuarto al otro, de estotro cuarto al corredor, del corredor á la escalera, de la escalera á la cocina y de la cocina á la escalera, llaman-

do á la ausente: ¡Parmenia! ¡Parmenia!

Apenas descubrió el tropel de hombres, que subía, se abalanzó á ellos, con salto de leona:

—¿Sabe usted, Fiorelli? Ha huído... debe de haber huído... Y con Marquitos, ¡con Marquitos!

La presencia del patrón calmó el alboroto, y se procedió á la primera diligencia, después de comprobar que ni la señorita Parmenia ni el caballero Marquitos se ocultaban en la carbonera de la casa: registrar las alcobas respectivas, por si dejaron huella de la fuga, en caso de que de fuga se tratara. Registraron todo, encontrando que de la alcoba de Marquitos faltaba la ropa más nueva, interior y de vestir, dos pares de botas flamantes y el juego de tocador, de marfil; en la de Parmenia faltaban vestidos, ropa blanca y también el juego de tocador, de concha. Además, un cuadro, de la Purísima. Además, de sobre la consola de la sala, el retrato de don Gabino Asnabal. Faltas graves todas, y

cada una prueba evidente del delito. Además (esto como sobra, no como falta), se encontró, entre el lavabo y la cama de la señorita Parmenia, arrojado allí, sin duda, en la agitación del momento, un papelito escrito que decía:

—«Mamá: me voy con Marquitos, porque quiero á Marquitos y á nadie más querré en el mundo. Adiós.»

La señorita Parmenia se había escapado en compañía del caballero Marquitos. Cier- to, indudablemente. Pero, nadie los vió escapar, á pesar de no haberse amparado de las sombras de la noche, acreditados auxiliares en tales emergencias, nadie, y eso que la impedimenta que llevaron (por lo menos una valija de mano) no fuera de disimular metiéndola en el bolsillo. ¿Cómo escaparon? ¿á qué hora escaparon? La misma cotorra, colgada de su aro en el corredor todo el día, no lo supo decir, parlanchina atroz. Sin embargo, el hecho real, brutal, existía y con el papelito delator en el puño crispado, misia Gorgonia, en el pa-

roxismo de la furia y del dolor, amenazó á los fugitivos con los polizontes de la tierra y los demonios del infierno...

Hasta aquí la primera parte del suceso. Viene ahora la segunda, que es mejor que la primera, desmintiendo la sentencia cervantina.

Entre el ir y venir por las habitaciones, registra aquí, husmea acullá, tropezó don Paolo en su despacho con un objeto abandonado sobre la estera. Este objeto era una cartera, y esta cartera era suya. Pero, la cartera de D. Paolo guardaba dos mil nacionales y la cartera abandonada sobre la estera estaba vacía. Y que guardaba dos mil nacionales la cartera de D. Paolo, sabía lo él perfectamente, sin género alguno de duda, pues los había subido del escritorio, de la caja de hierro, por la mañana, para los gastos caseros del mes, como hacía cada día 1.º Sacó entonces su llave para abrir el cajón donde encerró la cartera con dinero, que ahora aparecía fuera sin dinero, y su llave dió de cabeza con otra

llave embutida en la cerradura, y de la que pendía un cordón azul, llave igual á la suya y que abría como la suya, pues bastó imprimirle las dos vueltas de reglamento para que el cajón cediera sin esfuerzo y expusiera papeles, nada más que papeles, pero de billetes, ni rastro.

Es decir, que con la llave de cordón azul, llave falsa que parecía legítima por lo bien fabricada, tan idéntica á la otra como una gota de agua á otra gota de agua, habían abierto el cajón, cogido la cartera, robado los dos mil nacionales... sin tiempo para dejarlo todo en orden ó sin cuidarse de ello siquiera. ¿Quién? ¿quiénes? Callaba D. Paolo; callaron todos. Pero, á la mente de D. Paolo y á la de cada uno se presentaron dos nombres, amarrados de los brazos por la lógica, como dos criminales: la señorita Parmenia y el caballero Marquitos, que en la cartera del señor Fiorelli buscaron los medios de fugarse, disfrazando de ladrón al amor, para mayor vilipendio.

Calló D. Paolo; gritó más la señora Gorgonia, y se vió á la señora Tecla clavar los ojos en el cordón azul de la llave falsa, llevarse al seno las manos y ponerse tan pálida, más todavía que de costumbre, tan verdosa, tan lívida, que todos creyeron que la daba un patatús. Y todos desfilaron silenciosamente escalera abajo...

Del fondo del pozo se elevó la voz flaca y doliente de Hugo:

—¿Es posible, señor Landín? ¿es posible?

Echado en el banco, con aficción creciente escuchaba al maestro, aturdido, molido, valga la metáfora, por los puños de gañán de la realidad. ¿Era verdad todo aquello? ¿No inventaba, no mentía D. Benigno? El salón de misia Gorgonia, el verdadero estado de Tecla, la vida marital de D. Paolo, la fuga y el robo de Parmenia y Marquitos, ¿no serían fantasías, alucinaciones del maestro? Y si todos estos horrores eran ciertos, ¿volvería él á la casa del *fratello*? Si tenía vergüenza, si le quedaba un

resto de dignidad, no, no debía volver!

—¿Es posible, Sr. Landín?—repitió con angustia.

D. Benigno se secó el sudor de la frente, que le chorreaba, por el calor y por el relato.

—¡Y tan posible, joven! Por esta boca no sale nada que no sea la verdad pura. Ya lo comprobará usted... A propósito: no diga usted nunca *constatar*, joven, que es un galicismo muy feo, un pícaro *gorgojo*, por aquí muy difundido, y al que tengo ya encerrado en una celda de mi diccionario. Comprobar, comprobar... Bueno. Pues, ya lo comprobará usted cuando vuelva á casa. ¿Y qué le asombra á usted de Marquitos, fruto espúreo de una Ulrria? ¿Y qué de la señorita Parmenia, otra Ulrria criada en el vicio y para el vicio? Las malas semillas no darán nunca buenas plantas. O cree usted que si siembra nabos, por ejemplo, van á salirle rosas?

—¿Es posible?—repetía la voz flaca y doliente de Hugo.

Dormía la ciudad. Dormían los muelles.

El mismo D. Benigno guardó silencio, fatigado. Y las mejillas de Hugo ardieron, de pronto, con fuego intenso, y su frente y sus manos y todo su cuerpo plegado, abatido sobre el banco.

Una idea, la más mala, la peor de sus ideas, acababa de asaltarle, encarnada en Tecla, vestida como Tecla. Y Tecla, muy pálida, arrojándole besos y jazmines, le decía:

—*Bambino*, niño bobo, nene esquivo, no me huyas; ¡vén! Ahora que lo sabes todo, ahora que sabes quién soy y lo que soy de tu hermano; ahora que dejé de ser tu cuñada y no hay tal lazo de parentesco que nos desuna y nos impida querernos, ¿te defenderás todavía? ¿Me resistirás todavía? ¿Qué agravio puedes ya hacer á tu hermano? Si no es mi marido, si no es nada para mí, si yo no le quiero. Tú nada le quitas, ni honor, ni amor. Nada le robas, porque yo no le pertenezco, ni por la ley ni por el corazón. Entonces... ¿Vendrás? ¿Seguirás sin verme?... ¡Ah *bambino* rubio, adorado nene, vén, vén pronto!